

Los Eruditos

DOS sabios ingleses, los Srs. Whiterill y Forbes, discutieron durante largos años sobre si la casa llamada New-Place que William Shakespeare habitó en Stratford, su pueblo natal, fué o no de su dominio.

Por la misma época, a mediados del siglo XVII, otros sabios de la misma nación escribieron voluminosos in folios para averiguar si un hijo que en el año 1606 concibió la señora Davenant reconocía por padre al autor del Rey Lear.

Fué también objeto de enconadas controversias entre aquellos eruditos si la cláusula del testamento del célebre dramaturgo que dice: «dejo a mi esposa Ana Hatway la peor de mis camas», pudo cumplirse rigurosamente por la sucesión, considerando que de las tres camas que dejó Shakespeare a su muerte, no había ninguna inferior a las demás, por ser todas igualmente malas.

Reñidas y lamentables divergencias provocaron asimismo los tópicos que indico en seguida:

Si las medias de seda que usó la reina Isabel en el año 1616 fueron las primeras que llegaron a Inglaterra o si ya se había calzado otras iguales la mujer de King Harold poco antes de la batalla de Hastings.

Si las señoritas Susana y Judith Shakespeare, hijas legítimas de William, observaron siempre una conducta decorosa y si la menor de ellas, la Srta. Judith, se recibió o no de dactilografista en la Academia Mercantil de Oxford.

Si el abate Hardouin tuvo razón para sustituir la frase «non pridam» por «nos pridam» en un pasaje de Plinio, alterando radicalmente su sentido.

Si la muerte de Shakespeare y la de Cervantes ocurrida en la misma fecha, el 23 de Abril de 1616, constituye una simple coincidencia histórica o si debe atribuirse a una maquinación fraguada por los judíos de Amsterdam a fin de impedir la baja del *genio* en el mercado internacional.

Y no quiero referirme aquí a otros altercados de menor importancia porque sería cosa de no acabar jamás.

Sólo pretendo con estos breves ejemplos, poner de relieve los inapreciables servicios que los eruditos han prestado al género humano.

Cuando pienso en estos hombres abnegados, siento por ellos una admiración sin límites.

Ajenos a todos los halagos de la vida, indiferentes al sueño, al hambre y al frío, desafiando la ingratitud de los hombres, soportando miserias y vejaciones, ellos han reconstituido, desde el fondo de sus covachas, a la luz agónica de un candil, o desde las cumbres de las cordilleras abruptas, la verdad estricta de los acontecimientos, proporcionando a la Historia antecedentes fidedignos que nos permiten hoy a nosotros marcar, como en un tablero, las diversas etapas recorridas por la Humanidad en su progreso indefinido.

Los eruditos buscan las incógnitas para resolverlas, como el halcón busca las palomas para devorarlas. Es una necesidad imperiosa que los mueve aun contra su voluntad. La pasión investigadora los absorbe y obra en ellos prodigios increíbles.

Si, por ejemplo, se ignora en qué sitio nació Homero, por haberse extraviado la partida durante la invasión de los turcos, el erudito se da cuenta inmediatamente de que esta ignorancia es alrentosa y, cediendo al impulso que lo arrastra, se entrega con denuedo al estudio de tan importante materia. Registra archivos, examina documentos, hurga en todas las bibliotecas, profana las tumbas si es preciso, recorre los mares y los collados, y cuando ya se han muerto físicos cuatro de sus secre-

tarios, y se ha vuelto loca su mujer y se han arruinado todos sus colaboradores, este benedictino incansable publica por fin un volumen de 500 páginas en 4.º para entregar al mundo, que espera en suspenso, las siguientes conclusiones:

«Que si bien Atenas puede considerarse como la cuna auténtica del insigne poeta en virtud de graves y abonadas comprobaciones, no es posible, sin embargo, desconocer el derecho que a tan alto honor corresponde a las ciudades de Esmirna, Rodas, Colofon, Salamina, Chio y Argos.

Como se comprende, con este veredicto se ha dado un gran paso en el camino de los conocimientos útiles y la Facultad de Humanidades estará en condiciones de llenar los vacíos que se notan en sus programas.

Es cierto que Montaigne dice por ahí en los «Ensayos» que los eruditos son gente pedantesca, con la cabeza llena de chucherías como un bazar levantino. También es cierto que los espíritus frívolos hacen chistes para burlarse del Doctor Topsisius o del profesor Porter que se ha pasado casi toda la vida estudiando el dinamismo rudimentario de las cucarachas y las características antisociales del puerco espín. Pero esto no puede causarnos extrañeza, ya que el hombre—que generalmente vive ocioso—se ha reído siempre de lo que no entiende y ha hecho mofa hasta de lo más sagrado. Los ingleses se rieron del arte trágico de Sara Bernard y los franceses se han reído y siguen riéndose de ese tipo lúnebre, indigesto y venerable que se llama pastor anglicano.

Risa provocan también en este siglo de lucha de castas y de egoísmo feroz los tres principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, considerados hasta ayer como el lábaro de los ideales humanos.

Podría agregarse asimismo que los eruditos son seres unilaterales y rectilíneos, que excitan espontáneamente la hilaridad, porque dan la sensación del automatismo.

Y aunque esto sea cierto desde el punto de vista filosófico, no lo es del lado práctico y científico, desde donde nosotros contemplamos este asunto.

Es claro que un profesor austriaco que va por los campos con su red de mallas en una mano y su quitasol en la otra, escuiriéndose entre las peñas, oteando los ribazos y cayendo a veces por los taludes en persecución de una esquiva mariposa, es un personaje cómico al decir de Freud. Pero ¿quién podría asegurar que este hombre no realiza una obra beneficiosa para la colectividad? ¿Quién podría negar en absoluto que este inocente entomólogo conducirá algún día a su patria a un lugar prominente en el concierto de las naciones? ¿Y qué cúmulo de interesantes noticias no van a adquirir nuestros hijos acerca de los lepidópteros cuando el profesor se reincorpore a la Universidad y presente ante ella su nutrido informe?

Debemos, pues, inclinarnos respetuosos ante estos héroes de la ciencia que todo lo sacrifican por darnos la luz que tanta falta hace en nuestros espíritus.